Bolonia, una oportunidad inevitable

El Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) ha pasado de promesa mediática a realidad inminente. Desde que se firmara la Declaración de Bolonia el 19 de junio de 1999, este pacto ha supuesto un constante recordatorio de lo que la Educación Superior europea aspira a ser. Sus principales objetivos se resumen en facilitar la movilidad, tanto estudiantil como profesional; estructurar en tres niveles —grado, máster y doctorado— los estudios universitarios y adoptar herramientas que ayuden a calcular el esfuerzo real invertido por el estudiante para superar las distintas materias. Estos principios de convergencia han sido asumidos, hasta el momento, por 46 países europeos dispuestos a acercar sus respectivos sistemas de Educación Superior para antes del 2010; algo parecido a lo que ya ocurriera hace diez años con el euro, como algunos analistas se han apresurado a matizar.

Elisa G. McCausland

© stock.xchng

El proceso de Bolonia, durante estos últimos meses, ha ocupado páginas y páginas de la prensa generalista, desatando un debate que la Universidad Politécnica de Madrid ha querido devolver al ámbito académico por medio de una mesa redonda titulada «Estados Unidos y Europa: La Universidad a debate». Este evento, enmarcado dentro del programa de actividades de la Cátedra UNESCO de Gestión y Política Universitaria que se imparte en esta universidad, articuló el diálogo en torno a tres apartados —procesos de enseñanza, relaciones internacionales y necesidades sociales—, tomando como modelo para la comparación el estadounidense, el ejemplo a seguir, supuestamente, por la Educación Superior europea.

EE. UU. *vs.* Europa

Claude Maury, director del *Comité d'études sur les formations d'ingeniéurs* en Francia, fue el primero en dar en la diana de la situación, explicando cómo el modelo universitario estadounidense «es un modelo con un valor simbólico muy importante, pero que conlleva una transposición problemática». De esta misma opinión, aunque fuera del contexto de la nombrada mesa, es Eloy Fernández Porta, profesor de Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona. Desde su prisma, en la universidad anglosajona los estudiantes «suelen ser más espontáneos a la hora de intervenir, de usar las horas de oficina y, en fin, de dialogar con los docentes; aquí sigue existiendo una barrera simbólica que cuesta mucho romper». Destaca como principal diferencia que, además de ser privada, en la universidad estadounidense los alumnos son «profesionales del estudio que han tenido que endeudarse para pagar su carrera y, a la vez que estudian, están implicados en una larga serie de actividades extra-académicas», modelo a imitar por escuelas de negocio y centros de posgrado. «Allí el campus es un sistema de producción adulto, no un patio. De todo ello lo único que vale la pena importar es el sistema de becas, sobre todo las destinadas a estudiantes de primer ciclo», sentencia Fernández Porta.

Uno de los puntos más sensibles de la convergencia reside, precisamente, en que el precio de la enseñanza se convierta en una barrera, riesgo que queda recogido en el *Manifiesto por un Universidad Pública al Servicio de Toda la Sociedad*. Wenceslao Castañares, profesor de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid, admite que esta acusación tiene parte de razón porque este *proceso* exige inversiones mayores. No onstante el problema reside, según él, en «quién debe pagar esas inversiones», lo que ya implica al Gobierno y a la opinión pública.

Realidades utópicas

El sistema estadounidense de Educación Superior le parece a los europeos un

En la mesa redonda «EEUU y Europa: la universidad a debate» intervinieron Robert R. Gosende, de la *State University of New York* (EEUU); Alberto F. Cabrera, profesor de la *University of Maryland* (EEUU); Carol Colbeck, profesora y decana del Graduate College of *Education de la University of Massachusetts* (EEUU); Santiago Íñiguez, rector de la *IE Universidad;* Claude Maury, director del *Comité d'études sur les formations d'ingeniéurs* (Francia); y Ramon Wyss, profesor del *Royal Institute of Technology* (Suecia).

© Samu.

El Proceso de Bolonia es «un ejemplo brillante de una mala transposición de un sistema estadounidense» debido principalmente a que el graduado no parece que vaya a tener las mismas características en Europa que en Estados Unidos

modelo satisfactorio por varias razones. Según Claude Maury, no solo son universidades muy bien situadas en los ránquines internacionales, lo que se traduce en un elevado prestigio internacional, sino que, a su vez, la educación universitaria estadounidense consigue ser una educación de masas pero manteniendo un nivel de excelencia; «esto se debe a que la mayor parte de las personas con talento han decidido formar parte del sistema educativo estadounidense», subrayó. «Pero también debemos admitir que los europeos no conocen suficientemente este sistema», de ahí los problemas que han ido surgiendo a la hora de transponer el modelo.

El Proceso de Bolonia es, según él, «un ejemplo brillante de una mala transposición de un sistema estadounidense» debido principalmente a que el graduado no parece que vaya a tener las mismas características en Europa que en Estados Unidos porque cuando se habla de Educación Superior en el país de las barras y estrellas a lo que se están refiriendo, práctica y únicamente, es a la investigación, dejando de lado la formación del profesional que tendrá que hacer frente a un mercado.

Pero no todo está perdido. Desde su punto de vista el debate ha de centrarse en las dimensiones culturales, de donde surge la gran brecha permanente entre Estados Unidos y Europa. También hay que apreciar que el enfoque liberal de la educación estadounidense da más libertad para diseñar programas propios, sobre todo en los estudios de posgrado, lo que nos lleva al tercer punto: cómo introducir la investigación en la educación, supuesto que Carol Colbeck, profesora y decana del *Graduate College of Education* de la Universidad de Massachussets, plantea desde la perspectiva de su experiencia personal:

«En el último proyecto en el que he estado involucrada intentaba que la pasión investigadora se canalizara también a la enseñanza». Para que esto sea posible recomienda aplicar las habilidades de la investigación a la enseñanza —conseguir pruebas, entenderlas y, desde ahí, intentar mejorar las fórmulas de enseñanza—; plantea la necesidad de hacer entender al alumnado que «los profesores hablan de sus propias investigaciones en las clases». Una buena fórmula para hacer que converjan teoría y práctica, desde su experiencia, es implicar a los universitarios en las investigaciones; no solo escogiendo a los mejores, sino incentivando el trabajo en equipo.

El modelo de Bolonia opta por una enseñanza individualizada y con tendencia a la especialización que se da de frente con una realidad complicada. Tal y como explica Eloy Fernández Porta, en las universidades españolas se enfrentan «el modelo de clase magistral, monologal y sin intervenciones» y el «formato fórum». Ocurre que los profesores que están viviendo la transición entre estos dos modelos «estamos más bien atrapados en la fase de cambio. Muchos de nosotros tuvimos profesores que tan solo se limitaban a recitar, pero ahora se nos pide una especificidad en los planes de estudios que jamás se le pidió a los miembros de la generación precedente», explica.

Bolonia: sueño o pesadilla

Otro de los principales escollos con los que se está topando el Proceso de Bolonia es la cantidad de reglamentos que frenan la convergencia. Santiago Iñiguez, rector del Instituto de Empresa, y Javier Uceda, rector de la Universidad Politécnica de Madrid, coinciden en subrayar esa diferencia entre el sistema europeo y el estadounidense. A esta rigidez se le suma, en el caso español, que casi todo el sistema universitario es público lo que fomenta una homogeneización que limita la competencia entre universidades. Sin embargo, esta supuesta limitación, en tiempos de crisis, puede llegar a resultar una ventaja. Tal y como remarca Alberto F. Cabrera, profesor de la Universidad de Maryland, el principal problema de la universidad estadounidense, en estos momentos, es la financiación: «Este es un sistema masificado muy caro y no sé si será sostenible en el futuro», argumenta. En el caso europeo es precisamente esta dependencia de la Administración lo que

la hace más rígida. Sin embargo, cabe subrayar que el porcentaje de población con estudios superiores es muy semejante entre Europa y Estados Unidos, según los últimos datos ofrecidos por la OCDE.

Pero Estados Unidos sigue marcando el compás. A la pregunta de cómo afecta este *proceso* a la Educación Superior estadounidense, Carol Colbeck confirmó, rotunda, la ignorancia de estos cambios para los estudiantes del otro lado del Atlántico: «En Estados Unidos no son muy conscientes de que se estén dando estos cambios en Europa y del profundo impacto que va a tener este proceso en nuestras propias experiencias de aprendizaje y educación». Admitió, además, que desde su país se ha pecado «de arrogantes» debido a que, en las facultades estadounidenses, se ha alentado a la fuga de cerebros, hecho que, en su opinión, no ayuda en absoluto al crecimiento de los países de origen de estos profesionales. Lo que nos lleva al espinoso tema de los mercados y las relaciones internacionales.

Internacionalización ¿Globalización?

«En la economía actual es imperativo que se dé formación a los estudiantes de la comunidad global. Tiene que ser una de nuestras prioridades académicas, formar a estudiantes de todo el orbe porque educando a la ciudadanía global podremos crear una conciencia global que fomente la justicia, la paz y la unidad protegiendo la cultura y el medio ambiente a través de la innovación y los estudios científicos, tecnológicos y artísticos». Para que esto suceda tenemos que concentrarnos en derribar las barreras y facilitar el movimiento de personas y tecnologías a través de las fronteras, siempre según el testimonio de Robert R. Gosende, profesor de la State University of New York, a propósito de uno de los principales objetivos de la Educación Superior en general, y del Proceso de Bolonia en particular: la movilidad de sus estudiantes. ¿Estrategias para internacionalizar las universidades? Santiago Iñiguez propone tres: *multicampuses*, fusiones o franquicias, complementadas las tres con programas *on-line* y alianzas internacionales entre universidades.

Pero, más allá del tema de la movilidad, surge la duda de si la formación universitaria prepara al individuo para el futuro o para el mercado. «Tenemos que fijarnos en nuestras legislaciones, en nuestros objetivos, porque, si al final de la experiencia de vivir una licenciatura no hemos fomentado la capacidad del estudiante de funcionar en diferentes culturas, en diferentes sociedades; de haber aprendido algo en otros idiomas; si no nos centramos en esto, no estaremos cumpliendo con nuestra responsabilidad», sentencia Robert R. Gosende. ▮

Últimas noticias desde el campus

El llamado Proceso de Bolonia está de moda. La prensa llena sus páginas con análisis y opiniones al respecto. La universidad ocupa las portadas y eso se debe, en parte, a las movilizaciones de alumnos y profesores que, por distintos cauces, han dejado claro que no están de acuerdo con lo que se ha llegado a denominar «proceso de mercantilización de la enseñanza». Mientras, instituciones oficiales, como es el caso de la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas (CRUE), han mostrado su apoyo al Proceso de Bolonia, no sin antes exigirle al Gobierno una mayor financiación. Tal y como declaró Ángel Gabilondo, presidente de la CRUE, a principios de año, esta reforma «cuesta dinero», lo que significa que será imposible llevarla a cabo «a coste cero». El Ministerio de Ciencia e Innovación, por su parte, ha admitido que hace falta una mayor financiación, lo que se ha traducido en la promesa de un aumento del presupuesto para becas. El presidente del Gobierno, en su papel de mediador, ha anunciado un acuerdo con las comunidades autónomas para reorganizar titulaciones que han perdido alumnado —como las carreras de Humanidades y las de Ciencias Sociales— y premiará a las universidades con mejores resultados, sugiriendo así un sistema de financiación adicional por objetivos; también constituirá el llamado Consejo del Estudiante Universitario para darle voz a los universitarios.

Wenceslao Castañares, profesor de Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid, califica el Proceso de Bolonia de «cambio absolutamente necesario». No solo porque las condiciones sociales y las tecnologías lo aconsejen, sino porque desde el punto de vista educativo «la eficacia de la universidad actual es claramente cuestionable». Para Castañares las directrices de Bolonia suponen una oportunidad, al menos en lo que respecta a publicidad y transparencia: «el nuevo sistema quizá permita contemplar la "desnudez del emperador", con lo que no podrá seguirse con la ficción en la que actualmente nos encontramos». Es un sistema que introduce la competitividad entre universidades, hecho que «consecuentemente generará formaciones de distintos niveles»; y que plantea problemas en los criterios que se utilizarán para dar certificados de calidad, por ejemplo. No obstante, «el sistema tiene la ventaja de una mayor flexibilidad para adaptarse a los cambios o circunstancias de cada centro», matiza.

El BOE publica los planes de estudio para las distintas profesiones de ingeniero técnico e ingeniero

Según publica el BOE del 29 de enero del 2009, y en consonancia con el Real Decreto del 29 de octubre del 2007 que establece la ordenación de las enseñanzas universitarias oficiales, el pasado 26 de diciembre el Consejo de Ministros aprobó las condiciones que serán de aplicación a los planes de estudios conducentes a la obtención de los títulos universitarios oficiales que habiliten para el ejercicio de las distintas profesiones de ingeniero técnico (aeronáutico, agrícola, forestal, industrial, minas, naval, obras públicas, telecomunicación, topografía) e ingeniero (aeronáutico, agrónomo, caminos, industrial, minas, montes, naval y oceánico, y telecomunicación).

Hasta la fecha se han establecido, mediante los oportunos Acuerdos de Consejo de Ministros, a propuesta de la ministra de Ciencia e Innovación, las condiciones que se han de aplicar a los planes de estudios que conduzcan a la obtención de títulos que habiliten para el ejercicio de las profesiones reguladas de maestro en Educación Infantil; maestro en Educación Primaria; profesor de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato, Formación Profesional y enseñanzas de idiomas; arquitecto técnico; arquitecto; médico; veterinario; dentista; enfermería; farmacéutico y fisioterapeuta. Al cierre de esta edición, se conoce la aprobación por el Consejo de Ministros de los planes de estudio de ópticos-optometristas.